

A D E B A T E

Solidarias. La experiencia diferencial de las mujeres en organizaciones del Tercer Sector

FÁTIMA PERELLÓ TOMÁS*

RESUMEN

Los significados y valores asociados a la acción social voluntaria parecen seguir una pauta divergente cuando fijamos la atención en lo que dicen las mujeres y los hombres voluntarios sobre aquello que hacen, y por qué lo hacen así y no de otro modo. Con el propósito de avanzar en el análisis de esta cuestión, este artículo explora los significados que la experiencia voluntaria tiene para hombres y mujeres implicados en las organizaciones del Tercer Sector valenciano. En el primer apartado, se aborda la caracterización de las entidades de las que se ha obtenido la evidencia empírica que se presenta. En el segundo, se explora la relación existente entre la disponibilidad de hombres y mujeres para participar en estas organizaciones del Tercer Sector y los límites a los que se enfrentan, derivados de las responsabilidades que asumen en la esfera familiar-doméstica y en la del trabajo remunerado. Por último, en el tercero, se ofrece una aproximación a los distintos significados con los que hombres y mujeres definen su experiencia concreta como voluntarios.

1. APROXIMACIÓN A LA CARTOGRAFÍA DE UN TERRITORIO

Los resultados que se exponen en este artículo tienen su punto de arranque en una investigación más amplia titulada *Género y voluntariado. La participación de las mujeres en las ONG de la Comunitat Valenciana*¹. El objetivo de dicha

* Profesora Titular de Sociología de la Universidad de Valencia (fatima.perello@uv.es).

¹ Esta investigación, encargada por la actual *Plataforma de Voluntariat Social de la Comunitat Valenciana* (PVSCV) y financiada por la *Fundació de la Solidaritat i el*

investigación se centró en el grado de implicación y participación diferencial de hombres y mujeres en asociaciones de voluntariado adscritas a la Plataforma Valenciana d'Entitats de Voluntariat Social (actualmente Plataforma de Voluntariat Social de la Comunitat Valenciana). Las entidades que forman parte de dicha Plataforma, legalmente reconocidas mediante inscripción en el Registro de Asociaciones y con, al menos, dos años de antigüedad, se definen como organizaciones de voluntariado, es decir, como organizaciones de carácter no lucrativo que tienen como objetivo producir bienes colectivos. Forman un complejo entramado de organizaciones que realizan actividades heterogéneas, plurales y diferentes entre sí, que están presentes en todos los campos de la acción social y que abordan una amplia variedad de ámbitos temáticos. Son, por tanto, organizaciones no gubernamentales (en tanto que se definen como independientes del poder político) y no lucrativas (en la medida en que muestran un desinterés por la obtención de beneficios económicos como resultado de sus actividades). Además, tienen una vocación altruista, en cierto modo desinteresada, en todo lo relativo a la provisión de servicios de bienestar generales, a la satisfacción de necesidades de sectores sociales desfavorecidos y vulnerables, a la promoción del acceso a bienes formativos

Voluntariat de la Comunitat Valenciana, fue dirigida por Fátima Perelló con la colaboración de un equipo formado por Isabel de la Cruz, Elena Gadea y Verónica Ramírez. El trabajo de campo se desarrolló a lo largo de 2003 y 2004. Metodológicamente combinó un cuestionario remitido a las entidades pertenecientes a la Plataforma (*Cuestionario Género y voluntariado 2003*), la realización de tres grupos de discusión y 30 entrevistas en profundidad basadas en un diseño saturado. Los resultados que aquí se presentan son fruto de una reelaboración analítica que incluye algunas evidencias empíricas descartadas inicialmente.

o culturales y, en general, a la difusión de determinados problemas, a menudo poco visibles o escasamente reconocidos, y a la sensibilización sobre ellos.

Se trata, pues, de organizaciones a las que, dependiendo del marco teórico y conceptual de referencia, se alude con las expresiones «Tercer Sector», «sector no lucrativo», «organizaciones no lucrativas de acción social» (ONLAS), «organizaciones no gubernamentales» (ONG), «asociaciones voluntarias» o, incluso, «sociedad civil». Desde el Informe elaborado por la Comisión Filer en Estados Unidos en el último cuarto del siglo pasado, que suele considerarse como el documento fundacional de los análisis sobre el Tercer Sector o el sector no lucrativo (Dobkin, 1992), han proliferado los trabajos que registran el fenómeno. La investigación a escala internacional dirigida por Lester M. Salamon, que abarcó la comparación entre 22 países, incluido España, permitió desarrollar una corriente orientada a estimar el tamaño, la composición, así como las aportaciones económicas y sociales del Tercer Sector (Salamon, 1999). En Europa se llevaron a cabo estudios comparativos entre los distintos países comunitarios (Volmed Project, 1999); también vieron la luz distintas publicaciones en Francia (Barthélemy, 2000) y en Italia (IREF, 2000). En España, en los últimos quince años, no han dejado de realizarse sugerentes aportaciones teóricas y empíricas en este ámbito (Fundación Tomillo, 2000; Pérez Díaz y López Novo, 2003; Ruiz de Olabuénaga, 2000 y 2006), incluso en el ámbito territorial de las autonomías (Ariño, 2001; Castiñera, 2003; CESA, 2003; Pérez Díaz y López Novo, 2005).

Todos estos trabajos han hecho valiosas contribuciones que nos permiten comprender mejor las causas de la emergencia de las organizaciones voluntarias de acción social, su consolidación y sus consecuencias económicas, sociales y políticas a medio y largo plazo. Han impulsado la reflexión sobre las implicaciones que conlleva el incremento numérico de estas organizaciones no gubernamentales y no lucrativas, así como sobre el alcance de las transformaciones cualitativas que se están produciendo en todo lo relativo a la promoción del bienestar social, la participación ciudadana y el debate público en relación a determinadas cuestiones de interés general. No obstante, se desconocen aún muchas cosas, entre ellas las que afectan a los perfiles y las actuaciones de las personas voluntarias, recurso humano central de estas organizaciones y, en particular, las relacionadas con la experiencia diferencial de hombres y mujeres en relación a la acción social que se promueve y desarrolla en las organizaciones del Tercer Sector.

¿Cuáles son las características de las entidades de acción social integradas en la Plataforma de Voluntariat Social de la Comunitat Valenciana (PVSCV)? ¿Hasta qué punto comparten los rasgos generales del Tercer Sector valenciano y español? En principio, cabe decir que la realidad valenciana respecto a la situación de las entidades de voluntariado no difiere sustancialmente de la realidad española tomada en su conjunto. Las cifras concretas cambian. En ocasiones, la evidencia empírica disponible presenta lagunas a la hora de analizar ciertas dimensiones. Sin embargo, las características y pautas generales entre ambas realidades comparten muchas más semejanzas que diferencias. Veámoslo a grandes rasgos.

Incremento de los registros a partir de 1990

En la Comunidad Valenciana el número de asociaciones registradas se incrementó significativamente a partir de 1990 (Ariño y Albert, 2003: 21-24). Esta expansión también fue compartida por las entidades de voluntariado social: según los datos de la *Encuesta a Organizaciones de Voluntariado en la Comunidad Valenciana*, un 48 por cien de las entidades fueron creadas entre los años 1991 y 2000 (Ariño, 2001: 178). En nuestro caso, al analizar la distribución, por períodos de fundación, de las entidades de voluntariado que respondieron al cuestionario *Género y voluntariado 2003* se constató que sólo el 4 por cien de ellas tenían más de treinta años, mientras que el 36 por cien no había superado aún los diez años de existencia. También en el conjunto del Estado español el 52 por cien de las organizaciones del Tercer Sector fueron formalmente creadas después de 1990 (Pérez-Díaz y López Novo, 2003: 163).

Mayoritariamente laicas y centradas en los servicios sociales

En el cuestionario *Género y voluntariado 2003*, se incluyó una pregunta acerca de la posible vinculación de la entidad encuestada con la Iglesia católica. El 78 por cien de las entidades declaró carecer de semejante vinculación, mientras que el 16 por cien indicó su relación con la Iglesia católica. En el estudio realizado sobre las entidades de voluntariado en la Comunidad Valenciana (Ariño, 2001), los resultados eran similares: el 16 por cien se definían como inequívocamente católicas o con una orientación católica, y el 81 por cien se identificaron como laicas y aconfesionales.

Las entidades pertenecientes a la PVSCV que respondieron al cuestionario apuntaron como principal campo de actuación el de los servicios sociales (el 58 por cien), seguido a bastante distancia por el de salud (16 por cien). El peso relativo de cada uno de los campos en el conjunto de las asociaciones de voluntariado en la Comunidad Valenciana ya fue establecido a partir del registro de la *Guía del Voluntariado 1997* de la Fundación Bancaixa. Aunque probablemente haría falta una revisión actualizada en profundidad, en aquel momento el campo de los servicios sociales representaba el 47 por cien del total, el de salud el 23 por cien y el de solidaridad internacional el 15 por cien. Ninguno de los restantes campos superaba el 5 por cien.

Tomados en su conjunto, los objetivos de sensibilización, formación y orientación constituyen el grueso de las finalidades explícitas de las actividades que realizan las organizaciones de voluntariado social pertenecientes a la PVSCV (33 por cien), lo que supone 13 puntos porcentuales más que las actividades asistenciales (20 por cien). Es casi la misma distancia que observamos en la totalidad de la realidad asociativa valenciana de acción social entre las acciones de concienciación y formación (70 por cien) y las asistenciales (56 por cien) (Ariño, 2001).

Predominio femenino entre el personal contratado y mayor presencia de jóvenes y mujeres entre el voluntariado

En el nivel nacional, se habla del sector no lucrativo como una importante fuente de empleo (Salamon, 2001; Ruiz de Olabuénaga, 2006), subrayándose también habitualmente el predominio en el Tercer Sector de las mujeres contratadas respecto a los varones. *El Tercer Sector Social en España* cifraba en un 66 por cien la proporción de mujeres asalariadas en las entidades de acción social, descontando la variación a la baja que introducía la inclusión de las grandes entidades singulares de acción social (Pérez Díaz y López Novo, 2003: 215), unos resultados muy similares a los que ofrecían otros estudios (Fundación Tomillo, 2000; INMARK, 2000). En el estudio *Género y voluntariado. La participación de las mujeres en las ONG de la Comunidad Valenciana*, que no se basó en un muestreo estratificado ni aleatorio, este porcentaje fue algo superior (72 por cien).

Aunque no todas las investigaciones coinciden en señalar un predominio de las mujeres entre

las personas voluntarias del Tercer Sector, este rasgo se pone de manifiesto en muchas de ellas. En la investigación *La ciudadanía solidaria* (Ariño, 2001: 306), al igual que en nuestro estudio, se observa una mayor proporción de mujeres que de varones entre los voluntarios (respectivamente, el 63 y el 37 por cien). La feminización del voluntariado en el ámbito nacional ha sido confirmada en el trabajo de la Fundación Tomillo (2000), que cifra la presencia de mujeres voluntarias en un 62 por cien respecto al total; en el de INMARK (2000), que sitúa esta proporción en el 57 por cien; y en la realizada por Pérez-Díaz y López Novo (2003), que señala una mayoría de mujeres tanto en las asociaciones (55 por cien), como en las fundaciones (66 por cien) y entidades religiosas de acción social (68 por cien). En cambio, los estudios realizados por la Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España (PPVE) (1997) y por VOLMED (1997) plantean un predominio de los hombres voluntarios sobre las mujeres.

Respecto a la edad cabe señalar un mayor acuerdo entre las distintas investigaciones con la tesis de la juventud del voluntariado español. Según *El Tercer Sector Social en España*, el peso de los menores de 35 años en el conjunto de las personas voluntarias alcanza el 66 por cien (Pérez Díaz y López Novo, 2003: 233). En la investigación de Ariño (2001), los menores de 30 años suponen el 48 por cien del conjunto de los voluntarios valencianos, y las personas comprendidas entre los 31 y los 45 años, el 26 por cien (Ariño, 2001: 301). En el caso de las entidades pertenecientes a la PVSCV, se observa la misma pauta: un predominio de los menores de 30 años en el total de voluntarios (47 por cien), un descenso significativo del peso relativo de los voluntarios en las edades intermedias y un suave incremento del porcentaje de los mayores de 50 años sobre el conjunto (21 por cien).

Dependencia de las fuentes públicas de financiación

Las entidades españolas de acción social se caracterizan por una gran dependencia de las administraciones públicas, sean éstas estatales, autonómicas o locales, como se constata al observar que más del 50 por cien de sus ingresos globales proceden de subvenciones públicas (Fundación Tomillo, 2000; Pérez Díaz y López Novo, 2003). En nuestro estudio, son los entes autonómicos y municipales los principales proveedores de fondos de las organizaciones pertenecientes a la PVSCV (el 24 y el 20 por cien respectivamente), seguidos

a gran distancia de las diputaciones (7 por cien), la administración central del estado (5 por cien) o la Unión Europea (2 por cien). Estas pautas son coincidentes con las que se han observado para el conjunto de las entidades valencianas de voluntariado, que comparten con las españolas una situación en la que se combina dependencia de la financiación pública, débil sentido de la responsabilidad social del mundo empresarial y escasa capacidad de la sociedad civil para generar sus propios recursos económicos (Ariño, 2001: 352-361).

Estas son, a grandes rasgos, las principales tendencias del marco en el que se inserta la investigación que a continuación se va a exponer. En líneas generales, se observa que las características de las entidades pertenecientes a la PVSCV que han colaborado en el presente estudio comparten las pautas generales del Tercer Sector valenciano y, en buena medida, del español. En el siguiente apartado se recogen algunos resultados del análisis del discurso elaborado por personas que participan en estas organizaciones del Tercer Sector valenciano, hombres y mujeres, en relación a las prácticas cotidianas que desarrollan para hacer compatibles el trabajo doméstico y de cuidado no remunerado que asumen en la esfera familiar, el trabajo asalariado que desempeñan en el mercado ocupacional y el trabajo cívico voluntario que llevan a cabo en las entidades no lucrativas del Tercer Sector².

2. PARTICIPACIÓN EN ORGANIZACIONES DEL TERCER SECTOR, CONCILIACIÓN DEL TIEMPO Y DESIGUALDADES DE GÉNERO

Hombres y mujeres acceden en condiciones de igualdad a las entidades del Tercer Sector cuan-

² El análisis se basa en un total de 30 entrevistas, seleccionadas a partir de una muestra saturada que contempló dos niveles de representación: el de las asociaciones en las que se desarrolla la participación de las personas entrevistadas y el de la posición social que ocupan en la estructura social. En el primer nivel se tuvieron en cuenta el grado de formalización de la entidad y los objetivos explícitos de la organización; en el segundo, el sexo de la persona entrevistada, la edad, la situación laboral (activos/as –ocupados/as, parados/as–; inactivos/as –amas/os de casa, jubilados/as, estudiantes–), la existencia o no de responsabilidades no remuneradas vinculadas al cuidado de familiares dependientes y, por último, el grado de participación en la asociación de referencia (número de horas semanales y desempeño o no de un cargo de responsabilidad).

do desean participar como voluntarios. Más allá de la disponibilidad personal para asumir determinadas tareas y responsabilidades, en general, las organizaciones no tienen en cuenta criterios de discriminación en función del sexo de las personas voluntarias. No obstante, la posición social que éstas ocupan fuera de las organizaciones en relación a las responsabilidades asumidas en el espacio de lo familiar-doméstico, así como en la esfera del trabajo remunerado, condicionan el grado de implicación y el nivel de participación que pueden asumir en ellas. Estas responsabilidades guardan una cierta relación con las distintas etapas del ciclo vital y biográfico de las personas voluntarias, así como con las expectativas (o adscripciones) sociales de género y generacionales.

Uno de los planteamientos posibles para abordar el análisis de estas cuestiones es tomar como hilo conductor el factor tiempo. Cuando alguien acepta el compromiso de realizar actividades de voluntariado, más allá de los valores altruistas y solidarios que se activan, más allá de las predisposiciones y los deseos, el tiempo que se puede dedicar a la acción voluntaria actúa como un límite real. La concepción del tiempo como recurso escaso emerge explícitamente en el discurso elaborado por las personas entrevistadas. Cuando el tiempo disponible es amplio, bien porque en ese momento no existen responsabilidades familiares a las que atender o porque no se da una inserción laboral en el mercado de trabajo (y las necesidades económicas están cubiertas), la participación de las personas implicadas en las entidades tiende a aumentar. La necesidad de realizarse personalmente, las motivaciones altruistas, el interés por participar en acciones orientadas a la defensa colectiva frente a determinados problemas, o la participación civil que posibilita el ejercicio de la ciudadanía solidaria constituyen el grueso de las motivaciones que están en el origen de la acción social voluntaria en organizaciones del Tercer Sector, incluidas las referidas en este artículo. Pero, para que estas motivaciones se trasladen al campo de la acción social organizada, la «disponibilidad de tiempo»³ es fundamental (Perelló, 2007):

“No, ya te digo que no, que yo organizo mis espacios vitales en función de mi disponibilidad, tengo mis prioridades en cada momento y en función de lo que la vida cada vez te pone delante, y hay

³ A partir de aquí, utilizo las comillas angulares [« »] para referirme a los significantes utilizados expresamente, con una cierta frecuencia, por las personas entrevistadas a la hora de elaborar su discurso sobre su experiencia en el ámbito de la acción social voluntaria.

veces en que aparcas más unas cosas y aparcas menos otras. *Yo lo que hago es lo que normalmente hacemos todos, valorar a ver lo que hay, y en cada momento de la vida, pues eliges unas cosas o eliges otras; hay veces en que te implicas más en este tema y hay veces en que te implicas menos, porque hay cosas que consideras prioritarias, pero no veo, no, yo no, se te agota el tiempo, vas ahogado a lo mejor, o que vas muy justo de tiempo porque tienes muchas implicaciones; si tienes una vida familiar, una vida laboral, si tienes una vida de estudiante, y si además tienes una vida en el movimiento asociativo pues sí, cuajar eso a veces es complicado.*" (Varón, menor de 30 años, ocupado, sin cargas familiares, alta participación en la asociación y con cargo de responsabilidad en la misma).

"[...] uno de los grandes problemas que tiene la mujer, la mujer que se asocia, es el tiempo, y yo creo que es un tema mucho más delicado en la mujer que en el hombre. Tenemos muchas actividades que desarrollar a lo largo del día, no sólo un puesto de trabajo, en el que la gran mayoría de las mujeres [...] tienen que responder, sino después, también después, a lo mejor, pues cuestiones de índole personal, más o menos estables [...], y tengo una familia a la que quiero mucho y con la que tengo que estar y tengo pareja, y tengo un trabajo que ¡bueno!, es algo que es que, es que me quita todo el tiempo del mundo, y después está esto, que también es tremendo, y es complejo. Supongo que es ir buscando el equilibrio, ir priorizando, y sobre todo delegar [...]" (Mujer, entre 31 y 40 años, ocupada, sin cargas familiares, alta participación en la asociación y con cargo de responsabilidad en la misma).

En el discurso elaborado por las personas entrevistadas que forman parte de entidades valencianas del Tercer Sector, el tiempo aparece definido como un bien escaso que hay que gestionar cotidianamente. Dedicarle un tiempo propio a la organización en la que se participa exige hacer continuas renunciaciones en el terreno personal, familiar o laboral, implica «priorizar» cotidianamente entre diversas actividades o «llevarse la asociación a casa o al trabajo». «Compaginar» y «priorizar» entre diversas responsabilidades se convierte en un asunto de suma importancia para quienes participan activamente en el mundo del voluntariado, sean jóvenes, adultos o mayores, hombres o mujeres. Sin embargo, aunque la asignación de tiempo a una u otra actividad se conciba como una decisión personal, se trata de una elección en buena medida condicionada por exigencias fisiológicas y sociales. Los condicionamientos sociales explican, en gran medida, el uso diferencial del tiempo de los agentes sociales en función del género, la generación o la clase social de pertenencia. Se conoce bien la situación asimétrica existente entre varones y muje-

res respecto a la disponibilidad y el uso del tiempo, derivada de las adscripciones sociales de género vinculadas al trabajo familiar no pagado y al mercado laboral. Lo mismo se puede afirmar de las desigualdades generacionales en relación al uso del tiempo. Y son estas adscripciones sociales, con repercusiones evidentes en el tiempo que se dedica a cada una de las responsabilidades asumidas, las que explican en buena medida una situación de partida desigual entre hombres y mujeres a la hora de participar e implicarse en las organizaciones de voluntariado social:

"[...], en la vida del voluntariado, como te he dicho antes, es mucho más, es más complicado, yo creo que, para la mujer acceder a este tipo, a este tipo de voluntariado que para un hombre [...] Otra cosa es que, a nivel participativo, puede ser, pues a nivel de colaborador, de colaboración social del voluntariado, pues ayudando a enfermos, ayudando a limpiar a personas discapacitadas o no, pues a lo mejor es un trabajo, a lo mejor, que las mujeres, como la ocupación que tienen es..., lo pueden desarrollar mejor; pero a lo mejor a la hora de irse a un proyecto al Tercer Mundo y estar un mes, quince días, dos meses, pues eso es más complicado para una mujer que, en este caso, tenga cargas familiares. [...] realmente sí que es dificultoso a la hora de hacer esas cuestiones, porque tú le dices a una mujer: «¡Oye! Te vas a Madrid» [el entrevistado expresa durante unos instantes de silencio la falta de respuesta de la mujer], y le dices a un hombre: «Te vas a Madrid» y él coge la maleta y se va, y dice: «¿Para cuántos días?» Entonces, ese es el problema." (Varón, entre 31 y 40 años, ocupado, con cargas familiares, baja participación en la asociación y sin cargo de responsabilidad en la misma).

Esta descripción está estrechamente vinculada con las características específicas de la propia sociedad española. España, con un régimen de bienestar mediterráneo, que en buena medida se apoya en los servicios no pagados generados (mayoritariamente) por las mujeres adultas en sus respectivas familias (Moreno, 2007), sigue anclada en una división sexual del trabajo consolidada durante la segunda mitad del siglo pasado en las sociedades modernas. Esta división sexual del trabajo, que sustentó el modelo de integración fordista de la época keynesiana, se pone de manifiesto al analizar las tendencias sobre la distribución social del tiempo que proporcionan diversas encuestas.

En España, según datos de 1996, la jornada semanal dedicada como promedio por los hombres al trabajo no pagado en el hogar fue de casi 14 horas, en tanto que la de las mujeres ascendió a más de 47 horas. En los núcleos conyugales donde las

mujeres estaban empleadas laboralmente, esta situación apenas variaba (Durán, 1999). Casi una década después, la evidencia empírica disponible sugiere que esta situación ha cambiado escasamente. En efecto, la *Encuesta sobre empleo del tiempo 2002-2003* (INE, 2004) refleja una variación mínima en la distribución desigual del tiempo dedicado al ámbito doméstico y familiar entre hombres y mujeres: mientras los primeros dedican un promedio de 14 horas semanales, las segundas invierten una media semanal de 31 horas. En esta década, el descenso en el tiempo medio dedicado por las mujeres al trabajo doméstico coincide con una clara reducción del tiempo vinculado a actividades de ocio y con el incremento del tiempo dedicado al trabajo remunerado. No hay ningún dato que permita afirmar que la menor dedicación de las mujeres españolas al trabajo doméstico y familiar no pagado se deba a la mayor participación de los varones españoles en el hogar (Instituto de la Mujer, 2007).

Y es que la población española está lejos de un estilo de vida en el que la pareja conyugal base su relación en una situación de equidad en lo relativo a la provisión del sustento económico, al desempeño de las tareas domésticas y al cuidado de los miembros dependientes (Hakim, 2003). Además, las políticas familiares que se han venido sucediendo en España en los últimos cuarenta años, bajo gobiernos de distinto signo político, no han conseguido convertir la equidad de género en una cuestión de interés general y, por tanto, han incidido poco en la transformación de esta situación (Madruga, 2006). La ineficacia de las políticas públicas de conciliación, especialmente en todo lo relativo a la escasez de servicios públicos de cuidado a las personas dependientes, una gestión del tiempo social que desatiende cualquier consideración vital más allá de la productividad monetarizada y la tímida respuesta de los hombres españoles respecto a la corresponsabilidad con el trabajo no pagado familiar, ha supuesto para el conjunto de las mujeres españolas una situación de clara desventaja a la hora de desarrollar trayectorias laborales gestionadas desde la autonomía. Lo mismo cabría afirmar respecto de la participación en organizaciones de voluntariado social.

Como ya he indicado en otro lugar (Perelló, 2008), a pesar de la mayor presencia numérica de las mujeres en el conjunto de las entidades españolas del Tercer Sector –y a excepción de las asociaciones que trabajan explícitamente por la defensa de los derechos de las mujeres o que desarrollan políticas de equidad de género–, las mujeres tienen más dificultades que los hombres para implicarse

de forma continuada en los órganos de dirección de las entidades, especialmente en las organizaciones con un alto grado de formalización institucional, y suelen realizar en ellas las tareas con menor visibilidad pública.

3. LA RECIPROCIDAD VOLUNTARIA Y LA ÉTICA DEL CUIDADO

Las personas voluntarias, cuando dedican su tiempo y energía a una organización, no llegan con las manos vacías, sino que lo hacen con un bagaje compuesto por modos de hacer, hábitos de relación y prioridades valorativas distintas acerca de lo que pueden o deben hacer en una entidad de voluntariado. Se trata de un bagaje acumulado vinculado –al menos– a ciertas predisposiciones de carácter, al itinerario biográfico y al desempeño de roles en el espacio de lo social (entre ellos, los roles de género). En cierta medida, la división sexual de roles a la que en las páginas anteriores he hecho referencia influye en el hecho de que los hombres y las mujeres tiendan a definir la experiencia concreta del voluntariado en las organizaciones del Tercer Sector de un modo diferente. Sin embargo, y esto es lo que resulta más interesante, no cabe trazar una nítida línea de demarcación entre los significados que los hombres, por un lado, y las mujeres, por otro, dan a su experiencia como voluntarios, pues unos y otras, sobre todo estas últimas, también muestran divergencias entre sí. ¿De qué dependen estas variaciones? Seguramente de muchos factores, pero un conjunto de indicios apuntala la constatación de que los significados vinculados a la experiencia asociativa están íntimamente relacionados con las adscripciones y los roles de género que efectivamente se desempeñan, especialmente en todo lo relativo a las responsabilidades que hombres y mujeres asumen en el espacio de lo familiar-doméstico.

Tal vez merezca la pena destacar, una vez más, que en la definición de la acción social voluntaria los criterios de gratuidad y libre prestación son centrales. En cierto modo, es lícito considerarla como uno de los componentes del trabajo no remunerado, generador de riqueza y bienestar social en nuestras sociedades, que cubre todas aquellas actividades que producen bienes y servicios sin contraprestación salarial o pago de cualquier especie. Este hecho convierte hoy al voluntariado en una manifestación prestigiosa de la gratuidad social. Ahora bien, conviene recordar que la gratuidad no es exclusiva de la acción voluntaria. La encontra-

mos a lo largo y ancho del espacio social como fundamento de los vínculos sociales que tejen el entramado de las relaciones afectivas, familiares, de amistad, vecindad, etc. ¿Qué diferencia a la acción voluntaria, gratuita, alejada de la esfera del intercambio salarial, de otras manifestaciones basadas en principios de reciprocidad social? El signo distintivo del voluntariado no es tanto su gratuidad, sino el grado de formalización de un nexo social específico: el del «don» que circula socialmente a través de la triple obligación de dar, recibir y devolver (Mauss, 1979). Las normativas estatales y autonómicas que regulan la definición, el funcionamiento, los derechos y las obligaciones en las organizaciones de voluntariado son buena prueba de esta institucionalización formalizada (Madrid, 2001). Junto a esta constatación, no hay que olvidar la emergencia de una nueva imagen del voluntariado vinculada a nuevas fuentes de legitimidad en relación a sus funciones, sus límites y sus posibles estrategias de expansión.

La transformación de las representaciones y significados colectivos sobre el ejercicio de una ciudadanía activa basada en la acción voluntaria se convirtió en uno de los puntos centrales de la investigación sobre la participación de las mujeres en las ONG de la Comunitat Valenciana. Emergió con claridad en las entrevistas realizadas y también en el discurso producido en los grupos de discusión que se llevaron a cabo⁴. El análisis del conjunto de opiniones y argumentos producidos en los grupos de discusión, en los que han intervenido mujeres y varones de clase media con cargos de responsabilidad y alta participación en sus organizaciones, permite observar cómo el discurso de las personas voluntarias adultas suele acudir a tres significantes clave para elaborar la imagen del voluntariado, construir su significado actual y reelaborar las bases de su legitimidad social: el voluntariado como «servicio», el voluntariado como «transformación» y el voluntariado como «ejercicio de la ciudadanía».

⁴ Los grupos de discusión realizados se ajustaron al siguiente diseño: GD 1 (Mujeres entre 31 y 50 años, amplias clases medias urbanas, algunas de ellas con familiares que demandaban servicios de cuidado, con alta participación y cargo de responsabilidad en la asociación de referencia); GD 2 (Mujeres menores de 30 años, amplias clases medias urbanas, algunas participantes estudiantes y otras empleadas en el mercado de trabajo, variación respecto al grado de participación en la asociación de referencia); GD 3 (Varones entre 40 y 60 años, amplias clases medias urbanas, algunos de ellos con familiares que demandaban servicios de cuidado, con alta participación y cargo de responsabilidad en la asociación de referencia).

El punto de partida es una concepción general del voluntariado como acción altruista y solidaria, que no tiene contraprestaciones materiales pero sí morales. No es un acto de pureza desinteresada. De hecho, y así lo hacen los participantes en los grupos, esta experiencia se puede definir como «gana a ganar», ya que las dos partes implicadas (la persona voluntaria y el receptor de la acción) obtienen algo en este ejercicio de mutua reciprocidad (satisfacción íntima y ayuda, respectivamente). Aquí, la voluntad, la ilusión, la motivación, incluso la vocación, son factores importantes para impulsar la continuidad de la acción voluntaria. A partir de estas consideraciones iniciales, el «voluntariado como servicio» se convierte en el núcleo del debate. No importa que la asociación sea pequeña o grande. El altruismo, la voluntad de mejorar las cosas, la ayuda mutua, el servicio a los demás, están en la base de toda experiencia voluntaria, una experiencia que se define como «silenciosa, casi invisible», que necesita ser realizada en equipo. Es un argumento asumido consensualmente por el grupo de mujeres adultas y por un sector del grupo de varones, el más alejado discursivamente de las adscripciones tradicionales de género:

“Cuando hay un objetivo claro y una meta, no se mira ni sábados ni domingos, se tiene que hacer y se hace. Y además, pues eso, con alegría, con ilusión [...]. Yo en la organización he pasado desde, bueno, [...], por todos los cargos, pero siempre de retaguardia, de buscar dinero, de conseguir fondos. Entonces, es una labor, si tú quieres, pues, callada, es una labor burocrática, es una labor que no se ve [...], porque la gente se cree que colaborar con el Tercer Mundo es, pues como Harrison Ford, en el Arca Perdida, que vas allí, coges el látigo y esas cosas, y no [...], ¿y eso te llena o te compensa? Y dices, pues bueno, pues no sé, pues creo que sí. No lo sé. No es el Harrison Ford del Arca Perdida, pero alguien lo tiene que hacer ¿no?” (GD. 3, Varones adultos con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

En este contexto, el grupo de mujeres se siente continuador de un legado histórico que, desde siempre, ha estado presente en la vida cotidiana de las mujeres. Bajo otros nombres, incluso sin nombre, las mujeres siempre han ayudado, cuidado o servido a los demás. Pero hay un cambio cualitativo importante: para este grupo de mujeres la acción voluntaria no es una obligación, sino una elección en la que el deseo de ocuparse de los demás o de colaborar en la transformación del mundo está presente. Las funciones afectivas, de cuidado, de satisfacción de las necesidades de los

otros salen del ámbito privado del hogar para instalarse en las organizaciones que componen el espacio solidario de lo privado-público. Al reconocer la impronta femenina en las acciones sociales basadas en la ayuda, el cuidado, y la solidaridad, el hecho de «traer la vida a la vida» mediante las relaciones que permite establecer la práctica del voluntariado, el grupo se acerca explícitamente a los valores asociados con la «ética del cuidado». Se trata de un aspecto que el grupo de varones no tiene en cuenta a la hora de articular el significado actual del voluntariado:

– ... simplemente estamos, pues como estáis todas vosotras, por decir, si mi granito de arena puede ayudar a esta persona como a mí me ayudó aquella persona en su momento, pues ¡oye!, *¡ojalá el mundo fuera una rueda de buenas intenciones y tú la llevas!*

– Pues lo que decía ella de la mujer que antes iba y ayudaba al vecino, eso es voluntariado. Quizá *una cosa en la que aporta su ayuda a algo que es necesario en un momento dado, y lo hace porque quiere y porque se encuentra a gusto, y porque puede dedicar ese rato y lo que sea. Eso ha existido toda la vida por parte de las mujeres, y eso se ha ido transformando en una bola ahí, muy grande, que está bien porque hemos ido incluyendo a los hombres*, hemos ido haciendo que todo eso que era cosa sólo de mujeres, pues, pues comienza a verse que todo el mundo entra, y pues sí, van cambiando las cosas.” (GD. 1, Mujeres adultas con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

El significado del voluntariado como servicio se complementa con la idea de «transformación». La acción social permite el cambio en el mundo mediante un compromiso de transformación tanto en el nivel personal y vital como en el social. Y aquí juegan un importante papel las relaciones interpersonales que la práctica solidaria permite establecer:

“Sí, yo también, cuando lo preguntabas, yo pensaba también eso, que para mí es un compromiso de transformación social, ¿no? [...] yo pensaba también eso, *que mucha de la transformación empieza porque nos transformamos y nos dejamos transformar* [...]. Creo que también tiene mucho de transformación de las relaciones, ¿no?, porque *transformar el mundo y la sociedad pasa también por transformar las relaciones* [...], y también eso, lo que tiene de denuncia [...], en el sentido que tiene de propuesta política también, ¿no?, de propuesta de un tipo de sociedad [...]. No sé si estaréis de acuerdo.” (GD. 1, Mujeres adultas con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

Este segundo significado del voluntariado hace de puente semántico con la dimensión más política de la acción solidaria. La transformación y el cambio son posibles porque las personas, en tanto que ciudadanas, participan activamente a través de la implicación personal en el entramado organizativo del Tercer Sector. La cooperación voluntaria tiene una repercusión política y social a través del «ejercicio de la ciudadanía».

Este es el tercer significado que emerge explícitamente en el discurso producido en los grupos de discusión. La motivación para el ejercicio de la solidaridad es, simultáneamente, social y política. Este argumento aparece con igual intensidad en los grupos de personas adultas. No obstante, se observan algunas diferencias interesantes. El grupo compuesto por varones y un sector del grupo de mujeres, el de profesionales sin personas dependientes a su cargo, acentúa de manera primordial el compromiso social y político que subyace en la práctica del voluntariado, asentado en lo que algunos autores han llamado la «ética de la convicción» (Aranguren, 2001). El grupo de mujeres, especialmente el sector que compagina responsabilidades de cuidado hacia familiares dependientes y trabajo remunerado, hace hincapié no sólo en la transformación social y política sino también en la transformación personal y en el cambio en las relaciones humanas. El acento que estas últimas ponen en la transformación de lo personal, sobre la base de una «ética de la responsabilidad individual», unido al peso argumental que en su discurso tiene la concepción del voluntariado como servicio a los demás, les lleva a establecer una estrecha ligazón entre participación ciudadana y «ética del cuidado»:

“... nosotros lo que buscamos más que nada en eso, es *dar a conocer la situación real de esta gente. Buscamos un segundo mensaje*. En ese segundo mensaje, a veces lo conseguimos y a veces nos quedamos cortos, o a veces nos pasamos. Pero, sí quiero decir [...] que generalmente lo hacemos todo en conjunto, o sea, *como los toros, boom, todos a un 'lao', luego todos a otro 'lao', y vamos dando tumbos, porque es que gente, gente no tenemos. Y tampoco tenemos ni presupuesto, ni tampoco tenemos posibilidades de contratar a alguien para que, que realice esas funciones. Que yo creo [...], llevamos un verdadero espíritu de, de ONG porque aquí no cobra ni dios. Y que yo me entere*. [...]. Entonces, realmente estás ahí y hay muchas veces que, *que cubrimos un plan, no cubrimos ningún servicio social, como sois vosotros, como sois vosotros, y, también vosotros estáis...*

– No, no, no, hombre. Yo no me ofendo porque digas que no somos ONG [...]

– No, no, no, a ver si me entiendes [...] nosotros estamos [...] por un motivo, *tenemos una motivación no, no social, sino más bien política* [...].” (GD. 3, Varones adultos con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

– Yo, para mí, el voluntariado es una opción, es una opción pues de sentir que la vida, o sea, es una opción que va a más, que traspasa el individualismo [...]. Para mí, es esa opción [...] lo que tú puedas hacer desde un ámbito cotidiano y desde lo que tengas que proyectar, seas mujer o hombre, de cara al bienestar común, que es de lanzar, de reivindicar, de solicitar responsabilidades...

– De denunciar.

– ...y de denunciar. Para mí es una opción desde ahí...

– Política.

– ...política, y dices, bueno, creo que es el momento de poder aportar, de poder dar o poder compartir esto o hacer [...]. [...] creo que el voluntariado es un, es un derecho y un deber de ejercer la ciudadanía, ¿no? y que bueno, *hablaríamos más de eso, ¿no?, de una sociedad en la que todos vivimos, eso, viviendo, pues eso, cuidando al más débil*” (GD. 1, Mujeres adultas con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

Al considerar las relaciones que genera la práctica de la acción voluntaria en términos morales, aparecen dos aspectos estrechamente vinculados. Uno es la idea del cuidado; el otro es la idea de un sujeto conectado con otro en un contexto específico. Como este último sector de mujeres voluntarias plantea, los dos tienen que ver con la «ética del cuidado» (Manning, 2001), que a menudo se ha comparado con la «ética de la justicia» (Camps, 1998). Una de las primeras autoras en contraponerlas fue Carol Gilligan (1982), como un medio para llamar la atención, desde una perspectiva feminista, sobre una forma particular de desarrollo moral relacionado con el género. La «voz del cuidado» implica agentes morales involucrados en determinados contextos sociales que dirigen su atención hacia otros agentes morales. La justicia implica reciprocidad, y el cuidado el reconocimiento del otro, de sus necesidades y de su vulnerabilidad. En este sentido, “cuidar de los otros y dejar que los otros cuiden de uno” (Borneman, 2001) reviste su importancia como base de los procesos de reciprocidad social. Lo que la «ética del cuidado» nos recuerda es que la sociedad no es un grupo de individuos aislados, autónomos, que llegan a acuerdos para resolver sus intereses, sino una red de sujetos morales que se relacionan en un espacio y en un tiempo concre-

tos. Si lo que queremos es razonar de manera conjunta sobre el bien común y actuar en consecuencia, tal vez uno de los caminos posibles sea que la virtud del reconocimiento de la dependencia acompañe al entusiasmo moderno por la virtud de la independencia (MacIntyre, 1999). Y, a tenor de lo que han manifestado las mujeres entrevistadas en la investigación cuyos resultados esboza este artículo, bien pudiera ser que esta articulación ya se esté gestando en el espacio de la reciprocidad sustentada en el «don voluntario».

BIBLIOGRAFÍA

ARANGUREN GONZALO, L. A. (2001), “Modelos de voluntariado”, en: GARCÍA INDA, A. y J. MARTÍNEZ DE PISÓN (eds.), *Ciudadanía, voluntariado y participación*, Madrid, Dykinson.

ARIÑO, A. (dir.) (2001), *La ciudadanía solidaria. El voluntariado y las organizaciones de voluntariado en la Comunidad Valenciana*, Valencia, Fundació Bancaixa.

ARIÑO, A. y M. ALBERT (2003), *L'associacionisme a l'Horta Sud. Un estudi de la societat civil formal en l'àmbit comarcal*, Torrent, Fundació Horta Sud.

BARTHELEMY, M. (2000), *Associations: Un nouvel âge de la participation?*, París, Presses de Sciences.

BORNEMAN, J. (2001), “Caring and being cared for: Displacing marriage, kinship, gender and sexuality”, en: FAUBION, James D. (ed.), *The Ethics of Kinship*, Nueva York, Rowman & Littlefield Publishers.

CAMPS, V. (1998), *El siglo de las mujeres*, Madrid, Cátedra.

CASTIÑERA, A. (coord.) (2003), *Llibre blanc del tercer sector cívico-social*, Barcelona, Generalitat de Catalunya-Departament de Presidència.

CESA (Consejo Económico y Social de Aragón) (2003), *El Tercer Sector en Aragón: un análisis sociológico*, Zaragoza, CESA.

DOBKIN HALL, P. (1992), *Inventing the nonprofit sector and other essays on philanthropy, voluntarism, and nonprofit organizations*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.

DURÁN, M. A. (1999), “The international comparison of gross domestic products. A time and gender approach”, en: HUFTON, O. y G. KRAVARITOU-

MANITAKE, *Gender and the Use of Time*, La Haya, Kluwer Law International.

FUNDACIÓN TOMILLO (2000), *Empleo y trabajo voluntario en las ONG de acción social*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

GILLIGAN, C. (1982), *In a Different Voice*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.

HAKIM, C. (2003), *Modelos de familia en las sociedades modernas. Ideales y realidades*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

INE (Instituto Nacional de Estadística) (2004), *Encuesta de Empleo del Tiempo 2002-2003*, Madrid, INE (www.ine.es, 2009).

INMARK (2000), *Las ONGs y las fundaciones y su contribución al empleo*, Madrid, Ministerio de Trabajo-INE.

INSTITUTO DE LA MUJER (2007), *Usos del tiempo, estereotipos, valores y actitudes*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

IREF (Istituto di Ricerche Educative e Formative) (2000), *L'impronta civica. Le forme di partecipazione sociale degli italiani: associazionismo, volontariato, donazioni*, Roma, Lavoro.

MADRID, A. (2001), *La institución del voluntariado*, Madrid, Trotta.

MADRUGA TORREMOCHA, I. (2006), *Monoparentalidad y política familiar. Dilemas en torno a la madre cuidadora/madre trabajadora*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

MANNING, R. C. (2001), "A care approach", en: KUSHE, H. y P. SINGER (eds.), *A Companion on Bioethics*, Oxford, Blackwell.

MACINTYRE, A. (1999), *Dependent Rational Animals: Why Human Beings Need the Virtues*, Chicago, Open Court.

MAUSS, M. (1979), "Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas", *Sociología y Antropología*, Madrid, Tecnos, págs. 155-263 (edición original 1923-1924).

MORENO MÍNGUEZ, A. (2007), *Familia y empleo de la mujer en los Estados del bienestar del sur de Europa. Incidencia de las políticas familiares y laborales*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.

PERELLÓ TOMÁS, F. (2007), "Tejiendo disidencias. Una aproximación a las transformaciones de género en el campo del voluntariado", *Arxius de Ciències Socials*, 17: 75-90.

– (2008), "Gender inequalities, social time and the third sector", *Arxius de Ciències Socials*, 19: 105-114.

PÉREZ-DÍAZ, V. y J. P. LÓPEZ NOVO (2003), *El Tercer Sector Social en España*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

– (2005), *El tercer sector, presente y promesa. Una análisis de su problemática general y de su realidad en Galicia*, Obra Social de Caixa Galicia.

PPVE (Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España) (1997), *Las organizaciones de voluntariado en España*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

RUIZ DE OLABUÉNAGA, J. I. (dir.) (2000), *El sector no lucrativo en España*, Bilbao, Fundación BBV.

– (2006), *El sector no lucrativo en España. Una visión reciente*, Bilbao, Fundación BBVA.

SALAMON, L. M. et al. (1999), *Global Civil Society: Dimensions of the Nonprofit Sector*, Baltimore, The Johns Hopkins Center for Civil Society Studies.

SALAMON, L. M. (2001), *Nuevo estudio del sector emergente*, Bilbao, Fundación BBV-Universidad Johns Hopkins.

VOLMED PROJECT (1997), *Organised Voluntary Services in the Countries of Mediterranean Europe: Greece, Italy, Portugal, Spain*, Roma, Fondazione Italiana per il Voluntariato.